



Marianne
Cronin

LOS
CIEN AÑOS
DE
LENNI Y
MARGOT

MARIANNE CRONIN

LOS CIEN AÑOS
DE LENNI Y MARGOT

Traducción de Albert Fuentes

Título original: *The One Hundred Years of Lenni and Margot*

© Marianne Cronin, 2020

© por la traducción, Albert Fuentes, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Canciones y poemas del interior:

Pág. 299: © *Starry Eyed*, 2012 Bacci Bros Records, escrita por Earl Shuman & Mort Garson e interpretada por Michael Holliday.

Pág. 381: © *Ja, må hon leva*, 2013 Hans Edler, interpretada por Krambandet.

Primera edición: febrero de 2021

ISBN: 978-84-08-23831-7

Depósito legal: B. 285-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

LENNI

Cuando oigo la palabra *terminal*, pienso en aeropuertos. Me veo en una gran sala de facturación, de techos altos y grandes muros acristalados, el personal vestido de uniforme esperando para pedirme mi nombre y mi número de vuelo, esperando para preguntarme si me he hecho yo las maletas, si viajo sola.

Imagino los rostros inexpresivos de los viajeros que miran las pantallas, familias que se abrazan prometiéndose que no será la última vez. Y me veo entre toda esa gente mientras mi maleta se desliza detrás de mí sin aparente esfuerzo, sobre el suelo impecablemente encerado, como si estuviera flotando, y echo un vistazo al monitor para buscar el destino de mi viaje.

Tengo que obligarme a salir de allí y recordar que no es ése el tipo de *terminal* que me espera.

Ahora han empezado a decirme que tengo una esperanza de vida reducida. «Niños y jóvenes con una esperanza de vida reducida...»

La enfermera me lo dice con tacto al explicarme que el hospital ha empezado a ofrecer un servicio de terapia para pacientes jóvenes con enfermedades terminales. Titubea y se pone colorada: «Lo siento, quería decir con enfermeda-

des que reducen la esperanza de vida». ¿Me gustaría apuntarme? El terapeuta podría venir a mi cama o podría ir yo a una sala especial para terapias de adolescentes. Ahora han instalado una tele. Las opciones parecen infinitas, pero el término no me resulta novedoso. He pasado muchos días en el aeropuerto. Años.

Pero mi vuelo todavía no ha despegado.

Me quedo callada mirando el reloj de goma que cuelga del bolsillo de su bata. El reloj se mece al compás de su respiración.

—¿Quieres que te inscriba? Dawn, la terapeuta, es un trozo de pan.

—Gracias, pero no me apetece. Me he inventado mi propia forma de terapia.

La enfermera tuerce el gesto y ladea la cabeza.

—¿En serio?

LENNI Y EL SACERDOTE

Fui a ver a Dios porque es de lo poco que se puede hacer en este sitio. Dicen que, cuando te mueres, es porque Dios te reclama de vuelta a su lado, así que pensé que estaría bien ir adelantando faena y agilizar las presentaciones. Además, había oído que el personal está obligado a dejarte ir a la capilla del hospital si tienes creencias religiosas y no iba a dejar escapar la oportunidad de ver una sala en la que todavía no había estado y, de paso, aprovechar para conocer al Todopoderoso.

Una enfermera a la que nunca había visto, con el pelo teñido de rojo cereza, me agarró por el brazo y me acompañó por los pasillos de los muertos y los moribundos. Devoraba cada nueva vista, cada nuevo olor, cada pijama desaparejado con el que me cruzaba por el camino.

Supongo que podría decirse que mi relación con Dios es complicada. Según yo lo veo, Dios es una especie de pozo de los deseos cósmico. Le he pedido cosas y alguna vez me las ha concedido. Otras veces, en cambio, me ha dado la callada por respuesta. O, como he empezado a pensar últimamente, es posible que todas las veces que pensé que Dios se quedaba callado, en realidad, me estuviera infundiendo sigilosamente más despropósitos en el

cuerpo, una especie de «vete a la mierda» secreto por haber tenido la osadía de desafiarle y que sólo descubriría años más tarde. Un tesoro enterrado para que yo lo encontrara.

Al llegar a las puertas de la capilla, me quedé un poco decepcionada. Esperaba un elegante arco gótico, pero en vez de ello me encontré con un par de pesadas puertas grises con paneles de vidrio esmerilado. Me pregunté por qué Dios iba a necesitar unos ventanucos esmerilados. ¿Qué estaría tramando ahí dentro?

Me adentré con la enfermera nueva en el silencio que aguardaba detrás de las puertas.

—Vaya —dijo él—. ¡Hola!

Tenía unos sesenta años, llevaba camisa y pantalones negros, y un alzacuellos blanco. Y me pareció que estaba más contento que un ocho. Le saludé.

—Su Excelencia.

—¿Tú eres Lenni... Peters?

La enfermera nueva se volvió hacia mí para que le corrigiera.

—Pettersson.

Me soltó entonces el brazo y añadió con tacto:

—Viene de la Sala May.

Fue la forma más delicada que encontró de decirlo. Supongo que se sintió obligada a avisarle, porque el hombre estaba tan emocionado como un niño el día de Navidad al recibir un tren de juguete envuelto con un gran lazo rojo, cuando en realidad el regalo que la enfermera le traía estaba roto. Aquel hombre podía encariñarse con el tren si le

apetecía, pero las ruedas se le salían y no era muy probable que la cosa llegase a las Navidades siguientes.

Cogí mi gotero, que estaba sujeto a ese chisme con ruedecillas que le sirve de soporte, y caminé hacia él.

—Vuelvo dentro de una hora —me dijo la enfermera nueva.

Luego añadió algo, pero yo ya había desconectado. De hecho, había alzado la vista hacia la luz, hacia el sinfín de tonalidades rosadas y púrpuras que brillaban en mis iris.

—¿Te gusta el vitral? —preguntó él.

Detrás del altar, una cruz de cristal marrón iluminaba toda la capilla. En torno a su centro irradiador había trozos de cristal violeta, púrpura, fucsia y rosa.

El vitral parecía en llamas. La luz se esparcía sobre la moqueta y los bancos, y entre nuestros cuerpos. El sacerdote esperó tranquilamente a mi lado a que estuviera lista para volverme hacia él.

—Encantado de conocerte, Lenni —dijo—. Me llamo Arthur.

Me estrechó la mano y he de reconocer que tuvo el detalle de no poner una mueca cuando sus dedos rozaron el punto donde el gotero se hunde en mi piel.

—¿Te apetece sentarte? —me preguntó señalando los bancos vacíos—. Estoy encantado de conocerte.

—Ya me lo has dicho.

—¿Sí? Lo siento.

Arrastré el gotero hasta el banco y me ajusté el cinturón de la bata.

—¿Puedes decirle a Dios que me sabe mal ir en pijama? —le pregunté al sentarme.

—Se lo acabas de decir tú misma. Siempre escucha —res-

pondió el padre Arthur al sentarse a mi lado. Levanté la vista hacia la cruz—. Dime, Lenni, ¿qué te trae hoy por la capilla?

—Estaba pensando en comprarme un BMW de segunda mano.

No supo cómo tomarse el comentario, así que cogió una Biblia del banco de al lado, la hojeó sin mirar las páginas y luego la dejó en su sitio.

—Veo que te gusta... que te gusta el vitral.

Asentí. Hubo un silencio.

—¿Puedes tomarte un descanso para comer?

—¿Perdón?

—Es que me preguntaba si tienes que cerrar con llave la capilla e ir a la cafetería como todo el mundo o si puedes hacer el descanso aquí.

—Yo, bueno...

—Es que me parece un poco caradura cerrar la capilla para salir a comer si en realidad te pasas casi todo el día sin pegar golpe aquí.

—¿Sin pegar golpe?

—Bueno, estar sentado en una iglesia vacía no parece un trabajo demasiado duro, ¿no?

—Esto no siempre está tan tranquilo, Lenni. —Lo miré para ver si le había dolido mi comentario, pero no me quedó claro—. Celebramos misa los sábados y los domingos, tenemos lecturas de la Biblia para niños los miércoles por la tarde, y ni te imaginas la cantidad de gente que viene a verme. Los hospitales asustan. Es agradable tener un espacio donde no haya médicos ni enfermeros. —Volví a centrar mi atención en el vitral—. Bueno, Lenni, ¿has venido por algo en concreto?

—Los hospitales asustan —dije—. Es agradable tener un espacio donde no haya médicos ni enfermeros.

Me pareció que se reía.

—¿Te apetece que te deje sola? —preguntó, aunque no me pareció que estuviera dolido.

—No especialmente —contesté.

—¿Te apetece hablar de algo en concreto?

—No especialmente.

El padre Arthur suspiró.

—¿Quieres que te cuente cómo son mis pausas para comer?

—Sí, por favor.

—Mi descanso es entre la una y la una y veinte. Tomo unos sándwiches de huevo con berro que me prepara mi ama de llaves. Los corta en triangulitos. Tengo un estudio detrás de esa puerta. —La señaló con el dedo—. Y dedico quince minutos a comer y cinco a tomar el té. Luego vuelvo a salir. Aunque la capilla está siempre abierta, incluso cuando estoy en mi estudio.

—¿Te pagan por hacer eso?

—Nadie me paga.

—Entonces ¿cómo puedes permitirte todos esos sándwiches de huevo con berro?

El padre Arthur se echó a reír. Nos quedamos callados un momento y luego volvió a hablar. Para ser un religioso, no parecía sentirse muy cómodo estando callado. Yo tenía entendido que el silencio le daba a Dios la oportunidad de manifestarse. Pero al padre Arthur no parecía gustarle el silencio, así que terminamos hablando de su ama de llaves, la señora Hill, y de que ésta siempre le envía postales cuando se marcha de vacaciones para luego, cuando vuelve, re-

cogerlas ella misma de la «bandeja de entrada» y pegarlas en la nevera. También hablamos de que había que cambiar las bombillas del vitral (hay un pasadizo secreto por detrás). Hablamos de pijamas. Y, aunque parecía agotado, cuando la enfermera nueva vino a recogerme, el padre me dijo que esperaba volver a verme en la capilla.

Sin embargo, creo que se sorprendió al verme llegar la tarde siguiente con un pijama nuevo y sin tener que arrastrar el gotero. La enfermera jefe, Jacky, no parecía muy contenta con la idea de que fuera a la capilla dos días seguidos, pero le aguanté la mirada y le dije con una vocecita: «Significaría mucho para mí». Y... ¿quién puede negarle algo a una niña moribunda?

Cuando Jacky llamó a una enfermera para que me acompañara por los pasillos del hospital, fue la enfermera nueva la que apareció. La del pelo rojo cereza, un tinte que se daba de bofetadas con su uniforme azul. Apenas llevaba unos días en la Sala May y se la veía nerviosa, sobre todo cuando tenía que ocuparse de los niños del aeropuerto, como si estuviera reclamando a gritos que alguien la tranquilizara diciéndole que lo hacía todo bien. Yendo juntas por el pasillo de camino a la capilla, le comenté que era estupenda como lazarillo. Creo que le gustó oírlo.

La capilla volvía a estar vacía salvo por el padre Arthur, que leía sentado en un banco, envuelto en una larga sotana blanca que cubría su traje negro. No leía la Biblia, sino un libro tamaño DIN A-4 con una encuadernación barata y una reluciente cubierta plastificada. Cuando la enfermera

nueva abrió la puerta y yo la seguí con gesto agradecido, Arthur no se dio la vuelta inmediatamente. La enfermera nueva dejó que la puerta se cerrara detrás de nosotras y, al oír el golpetazo sordo, el padre se volvió, se puso las gafas y sonrió.

—Pastor... ¿Reverendo? —dudó la enfermera—. Ella, bueno, Lenni ha pedido pasar una hora aquí. ¿Le va bien?

Arthur cerró el libro sobre su regazo.

—Por supuesto —contestó.

—Gracias, esto... ¿Vicario? —preguntó la enfermera nueva.

—Padre —le susurré.

Ella torció el gesto, se puso colorada —el rubor contrastaba con su pelo— y se marchó sin decir palabra.

Nos sentamos entonces en el mismo banco. Los colores del vitral eran igual de bonitos que el día anterior.

—Hoy tampoco hay nadie —dije, y se oyó el eco de mis palabras. El padre Arthur no dijo nada—. ¿Antes estaba más animado? Quiero decir, ¿cuando la gente era más creyente?

—Está animado —contestó él.

Me volví hacia el padre Arthur.

—Aquí no hay nadie más —dije. Obviamente, se engañaba a sí mismo—. No pasa nada si no te apetece hablar de ello —añadí—. No debe de ser agradable. Quiero decir, es lo mismo que organizar una fiesta y que no se presente nadie.

—¿Eso te parece?

—Sí. Quiero decir, estás aquí con tu mejor vestido blanco para la fiesta, con ese bordado precioso de uvas y qué sé yo, y...

—Es una sotana. No un vestido.

—Bueno, una sotana entonces. Aquí estás, con tu sotana de fiesta, tienes la mesa preparada para la comida...

—Eso es un altar, Lenni. Y no es comida, es la eucaristía. El pan de Cristo.

—¿Qué? ¿Cristo no quiere compartirlo?

El padre Arthur me echó una mirada.

—Es para la misa del domingo. No me como el pan consagrado con el almuerzo y no como en el altar.

—Claro, porque te comes un sándwich de berro con huevo en tu despacho.

—Sí —contestó animándose un poco porque había recordado algo sobre él.

—En fin, lo tienes todo preparado para la fiesta. Hay música —señalé el radiocasete con lector de CD que había en una esquina, con una pila de discos ordenados al lado— y hay sitio de sobra para todo el mundo —dije señalando las hileras de bancos vacíos—. Pero no viene nadie.

—¿A mi fiesta?

—Exacto. Todo el día, todos los días, montas una fiesta para Jesús y no viene nadie. Tiene que ser horrible.

—Bueno... Esto... Supongo que se puede ver así.

—Perdona si meto el dedo en la llaga.

—No estás metiendo el dedo en la llaga, pero, Lenni, de verdad, esto no es una fiesta. Nos encontramos en un lugar de culto.

—Sí. Eso ya lo sé, pero lo que quiero decir es que entiendo la situación por la que estás pasando. Una vez di una fiesta, cuando tenía ocho años y acababa de mudarme de Suecia a Glasgow. Mi madre invitó a todos mis compañeros de clase, pero no vino casi nadie. Aunque en ese momento

mi madre aún no tenía un inglés muy presentable, así que no me extrañaría que todos esos niños terminaran en otro sitio, con regalos y globos en las manos, esperando a que empezara la fiesta. O eso fue lo que me dije a mí misma ese día para animarme.

Me quedé callada.

—Continúa —me animó él.

—Bueno, el caso es que estaba sentada en una de las sillas del comedor que mi madre había colocado en círculo, esperando a que llegara alguien. Fue horrible.

—Siento oírlo —dijo él.

—Pues eso es lo que te estaba diciendo. Sé perfectamente lo mucho que duele cuando nadie viene a tu fiesta. Sólo quería decirte que me sabe mal. Y no creo que cerrar los ojos sea una solución. Los problemas no se arreglan si uno no se enfrenta a ellos.

—Pero esto está animado, Lenni. Lo está porque has venido. Está animado con el espíritu del Señor. —Le eché una mirada. Él se removió en el banco—. Y no creo que un poco de soledad sea motivo de risa. Este sitio es un lugar de culto, pero también de paz. —Levantó la mirada hacia el vitral—. Me gusta poder hablar con los pacientes a solas. Así puedo prestarles toda mi atención, y, por favor, no me malinterpretes, Lenni, pero creo que podrías ser una persona a la que Dios le gustaría que le prestara toda mi atención.

Esto último me hizo soltar una carcajada.

—He pensado en ti a la hora de comer —dije—. ¿Te has tomado hoy tu bocadillo de berro y huevo?

—Sí.

—¿Y?

—Buenísimo, como siempre.

—¿Y la señora...?

—Hill, señora Hill.

—¿Le has hablado a la señora Hill de nuestra conversación?

—No. Todo lo que digas aquí es absolutamente confidencial. Por eso a la gente le gusta tanto venir. Pueden decir lo que piensan sin preocuparse de que alguien se entere más adelante.

—Entonces ¿esto es una confesión?

—No, aunque, si quisieras confesarte, me encantaría ayudarte.

—Si no es una confesión, entonces ¿qué es?

—Será lo que tú quieras que sea. Esta capilla está aquí para ser lo que quiera que necesites.

Contemplé las hileras de bancos vacíos, el teclado eléctrico envuelto en una funda beige, el tablón de anuncios en el que había una imagen de Jesús enganchada con una chincheta. ¿Qué me gustaría que fuese ese sitio si pudiera convertirlo en cualquier otra cosa?

—Me gustaría que fuera un baúl de respuestas.

—Puede serlo.

—¿De verdad? ¿De verdad crees que la religión puede responder a una pregunta?

—Lenni, la Biblia nos enseña que Cristo puede guiarte a la respuesta a cualquier pregunta.

—Pero ¿puede responder a una pregunta de verdad? ¿Honestamente? ¿Puedes responder a una pregunta mía sin decirme que la vida es un misterio o que Dios lo ha previsto todo o que las respuestas que busco llegarán a su debido tiempo?

—¿Por qué no me haces la pregunta y luego vemos juntos si podemos hacer que Dios nos ayude a encontrar una respuesta?

Apoyé la espalda en el banco y éste crujió. El eco retumbó en la sala.

—¿Por qué me estoy muriendo?